

universo

2

Antología de ciencia-ficción contemporánea
seleccionada por *Terry Carr*

Gerard F. Conway

Grania Davis

Gardner R. Dozois

Gordon Eklund

Harlan Ellison

R. A. Lafferty

Edgar Pangborn

William Roister

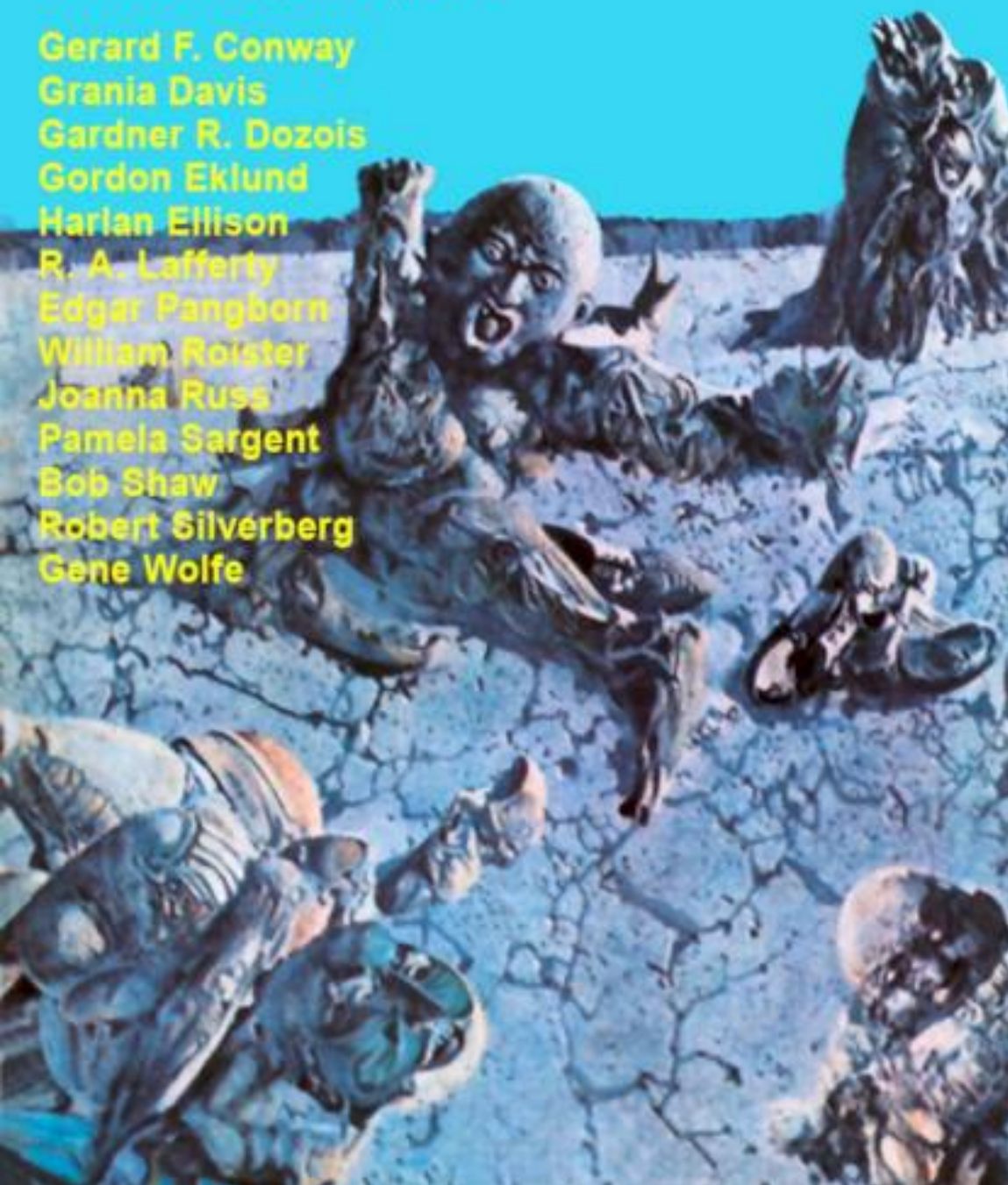
Joanna Russ

Pamela Sargent

Bob Shaw

Robert Silverberg

Gene Wolfe



Universo 2 incluye: «Sobre la pendiente», de Harlan Ellison: Una cruel fantasía sobre dos seres que han muerto sin conocer el amor, por el múltiple ganador de los premios Hugo y Nebula. «Ahora tengo la cabeza en otro lugar», de Grania Davis: Un divertido cuento de humor negro por una novel autora recién egresada de los cursos de ciencia-ficción del Clarion College, de Pennsylvania. «El hombre sin cabeza», de Gene Wolfe: Asociado a Plinio y Marco Polo, el autor nos demuestra lo cercana que se encuentra la ciencia-ficción moderna al surrealismo. «Joven Tigre», de Edgar Pangborn: Una nueva y poética excursión al mundo maravilloso y terrible creado en *Davy*, una de las mejores novelas de los últimos tiempos. Y otros nueve viajes a los más lejanos confines de la imaginación.

Índice de contenido

Cubierta

Universo 2

Retroactivo

Cuando fuimos a ver el fin del Mundo

Servicio fúnebre

Una situación especial en la ciudad de Summit

Mecenas

Frases útiles para el turista

Sobre la pendiente

Una nueva percepción

Ahora tengo la cabeza en otro lugar

A la caza del Sol

El hombre que saludaba con la mano

El hombre sin cabeza

Joven tigre

Terry Carr

Bibliografía recomendada

Bob Shaw

Nativo de Belfast, Irlanda del Norte, su obra ha ido creciendo paulatinamente en los últimos años, sin embargo aún no ha cumplido con todo lo que prometían sus primeros escritos.

Sus obras más destacables son: The Two-Timers (Ace, 1968) y One Million Tomorrows (Ace, 1970).

BOB SHAW

RETROACTIVO

(Retroactive)

- 1972 -

Muy a su pesar, Surgenor fue designado como conductor del grupo encargado de capturar a la palodariana...

Se quedó allí sin hablar mientras retiraban parte del equipo de reconocimiento del Módulo Cinco para hacer lugar para dos asientos más, después hizo descender el pesado vehículo por la rampa del *Sarafand* a una velocidad innecesaria. Había muy poca distancia entre la nave de exploración y la mole de la nave militar, el *Admiral Carpenter*, pero Surgenor utilizó el colchón de aire e hizo el trayecto en medio de nubes de arena polvorienta sumamente espectaculares. Su paso quedó señalado por un tajo rojo sangre en el desierto blanco, que cicatrizó lentamente a medida que la arena fototrópica recuperaba su color de superficie.

Uno de los guardias que había al pie de la rampa del *Admiral Carpenter* le indicó a Surgenor donde debía estacionar y dijo algo por su intercomunicador pulsera. Surgenor deslizó el Módulo Cinco hasta la pista señalada y desconectó los elevadores, permitiendo que el vehículo se apoyara en sus ancas como un gran escarabajo. Abrió la puerta y una ráfaga del aire caliente y seco de Palador entró en la cabina.

—El comandante Giyani y su gente llegarán en un par de minutos —le gritó el guardia.

Surgenor hizo una parodia muda de un saludo militar y se estiró más en su asiento. Sabía que se estaba comportando como un chico, pero ya hacía veintiséis días que el *Sarafand* estaba anclado en ese mundo, y Surgenor jamás había estado quieto tanto tiempo desde que formaba parte

del Servicio Cartográfico. Eso de esperar en un mismo lugar, dilapidando la magra ración de tiempo que se le otorgaba a los mortales, lo ponía de un humor pesimista y moroso. Se quedó mirando con resentimiento el reverberante desierto blanco, que se extendía hasta el horizonte, y se preguntó por qué le había parecido hermoso la primera mañana que lo vio. Había un poco de viento ese día, claro está, y sus movimientos rápidos trazaban un enjambre de tonalidades entre rojas y blancas que barrían las dunas a medida que las capas sepultadas quedaban expuestas al sol y elaboraban su respuesta fototrópica a la luz.

El *Sarafand* había descendido con el propósito de llevar a cabo un operativo de exploración rutinario: bajar en el polo norte del planeta, regresar al espacio para hacer un medio circuito y aterrizar en el polo sur, en tanto seis módulos de exploración, que se habían desprendido de él completaban su trayecto y volvían a unírsele. No había dificultades manifiestas en el terreno, lo cual implicaba que los módulos podían viajar a la velocidad máxima y que el reconocimiento debería completarse en menos de tres días. Pero sucedió lo que nadie esperaba.

Tres de los tripulantes de los módulos informaron haber visto fantasmas.

Las apariciones eran de dos tipos —gente y edificios—; brillaban con un resplandor tenue y transparente y se desvanecían de un modo que habría impulsado a los observadores a describir el fenómeno como un espejismo, de no ser porque los espejismos tienen que tener un referente físico en alguna parte. Y una exploración orbital anterior de Palador había determinado que era un mundo muerto, que no contenía vida inteligente ni rastros de su presencia en el pasado.

—Despiértese, conductor —dijo el comandante Giyani con voz tensa—. Estamos listos para partir.

Surgenor levantó la cabeza con deliberada lentitud y echó una ojeada al oficial moreno y de bigotes negros que

estaba de pie junto a la entrada del módulo, ingeniándose las de algún modo para parecer gallardo en su equipo de fajina. Detrás de él había un teniente de cara sonrosada y ojos azules que parecían pedir perdón, y un sargento de contextura robusta, que llevaba un rifle.

—No podemos salir antes de que se hayan instalado todos —dijo Surgenor muy razonablemente, pero de un modo que manifestaba bien a las claras el disgusto que sentía al verse tratado como un chófer.

Esperó impasiblemente a que el teniente y el sargento se instalaran en los asientos extra que habían colocado atrás y que el comandante se sentara en el que quedaba libre adelante. El sargento, cuyo nombre, según recordaba Surgenor, era McErlain, no dejó el rifle sino que siguió acunándolo en sus brazos.

—Este es nuestro destino —dijo Giyani, entregándole a Surgenor una hoja de papel donde había una red de coordenadas—. La distancia desde aquí en línea recta es de alrededor de...

—Cinco kilómetros cincuenta —completó Surgenor después de un rápido cálculo mental.

Giyani levantó sus cejas negras y miró con atención a Surgenor.

—Su nombre es... Dave Surgenor ¿verdad?

—Sí.

—Entonces, Dave —dijo Giyani con una amplia sonrisa que parecía decir «¿Ves cómo me río de los civiles susceptibles?», mientras señalaba las coordenadas—, ¿crees que podrás hacer el trayecto en unas ochocientas horas, según el tiempo de a bordo?

Surgenor llegó a la conclusión, ya demasiado tarde, de que lo prefería a Giyani cuando se mostraba oficioso. Puso el módulo en movimiento, giró el control para marchar sobre colchón de aire y se dirigió casi en línea recta hacia el sur. Se habló poco en ese viaje de dos horas, pero Surgenor pudo notar que Giyani se dirigía al sargento McErlain

con manifiesto desagrado, en tanto el teniente —cuyo nombre era Kelvin— trataba no dirigirle la palabra al tipo grandote. El sargento le respondía a Giyani con monosílabos escuetos. Surgenor trató de recordar las murmuraciones acerca de McErlain que había escuchado en el comedor general, pero solo podía pensar en el objetivo de esa expedición.

Cuando le comunicaron los primeros informes acerca de la presencia de «fantasmas» al Capitán Esopo (así denominaban las tripulaciones de los módulos a la computadora principal del *Sarajan*) se hizo un control del mapa geodésico de Palador que se estaba elaborando en el tablero de la computadora. Revelaba que alrededor de trescientos mil años antes habían tenido lugar remodelaciones de los lechos rocosos en localidades que correspondían con bastante exactitud con aquellas en las que se habían producido esas visiones fantasmales. Al llegar a ese punto, Esopo retiró los módulos de exploración —el Servicio Cartográfico solo le permitía ocuparse de mundos no habitados— y se envió una transmisión taquiónica al Cuartel General. Como resultado de ese informe, el crucero *Admiral Carpenter*, que había estado surcando ese sector del espacio, llegó dos días después y asumió el control.

Una de las primeras órdenes que había dado el coronel Nietzel, comandante de las fuerzas de tierra, fue que Esopo debía considerar la información acerca de Palador como secreta y debía impedir que los civiles tuvieran acceso a ella. Esto habría significado una total ignorancia acerca de los acontecimientos siguientes por parte de la gente del *Sarafand*, pero había contacto humano entre las tripulaciones de ambas naves y Surgenor había oído rumores. Se decía que los satélites de reconocimiento que había puesto en órbita el *Admiral Carpenter* habían registrado miles de materializaciones parciales de edificios, vehículos extraños, animales y siluetas de individuos con amplias vestiduras sobre la superficie de Palador. También se decía que algunos

edificios y algunas figuras se habían materializado casi totalmente, pero habían vuelto a desvanecerse antes de que ningún avión de la nave militar pudiese acercárseles. Era como si en Palador existiese otra civilización, una que tenía la propiedad de retirarse detrás de una barrera inexplicable a la llegada de los extranjeros, decidida a permanecer aislada.

Surgenor, que no había visto ninguna de esas apariciones, no daba mucho crédito a los rumores, pero había visto a los aviones del *Admiral Carpenter* sobrevolando el desierto a una velocidad supersónica, y regresar luego con las manos vacías. Y también sabía que la computadora central del crucero estaba buscándole una vuelta al asunto, correlacionando y analizando la gran cantidad de datos que suministraba la red de satélites de exploración. Y sabía, además, que la grilla de coordenadas que le había mostrado Giyani correspondía a una de las excavaciones de lecho rocoso muy viejo que se había descubierto en uno de los primeros reconocimientos del terreno.

—¿Cuánto le parece que falta? —preguntó Giyani cuando el sol ya alcanzaba el cordón de colinas bajas que había en el horizonte occidental.

Surgenor echó una ojeada a su mapascopio, que empezaba a brillar a medida que avanzaba la oscuridad, y respondió:

—Un poco menos de treinta kilómetros.

—Muy bien. Estamos bien de tiempo —respondió Giyani dejando caer la mano sobre la culata de su pistola.

—¿Piensa cazar algún fantasma? —preguntó Surgenor con aire distraído.

Giyani se miró la mano y después lo miró a Surgenor:

—Disculpe pero tengo órdenes de no discutir el operativo con usted. Para decir la verdad, siuviésemos nuestro propio vehículo terrestre adecuado usted no estaría aquí.

—Pero estoy aquí, y voy a ver lo que pase.

—Eso le da las de ganar ¿no es cierto?

—No lo había pensado.

Surgenor fijó los ojos en las extensiones de arena que se desplegaban en las pantallas del módulo con aire sombrío, las veía cambiar su color blanco por otro rojo sangre a medida que desaparecían los últimos restos de luz del cielo. En pocos minutos más habría una noche paladoriana típica, con un desierto aparentemente negro y un cielo claro, tan tachonado de estrellas que parecía invertirse el orden normal de las cosas y la tierra, se veía muerta y el cielo que la cubría semejava la sede de toda la vida. De pronto sintió muchos deseos de estar de vuelta en el *Sarafand* viajando hacia soles distantes.

El teniente Kelvin se inclinó hacia adelante y le dijo suavemente a Giyani:

—¿Cuándo se supone que podremos ver algo?

—En cualquier momento a partir de ahora, siempre y cuando la computadora no se haya equivocado.

Giyani se interrumpió y fijó los ojos en Surgenor por un momento; era evidente que estaba considerando si correspondía dejar trascender información en su presencia. Después se alzó de hombros y continuó:

—Hay ciertas pruebas geodésicas de que hace alrededor de trescientos mil años hubo una remodelación del lecho rocoso en este área, precisamente en la época en la que, según creemos, los paladorianos estaban en su etapa de construcción de ciudades. Los satélites de exploración pudieron captar la imagen de una ciudad en este lugar en siete oportunidades distintas en los últimos diez días, pero no hay ninguna garantía de que el orden que la computadora parece ver en todas esas apariciones no sea sino pura casualidad, y en ese caso no vamos a encontrar más que desierto.

—¿Qué tiene de particular este lugar? —inquirió Kelvin, haciendo eco a la pregunta que se le había cruzado a Surgenor por la cabeza.

—Si los paladorianos pueden moverse libremente en el tiempo, como creemos, la cuasimaterialización de los edificios podría ser simplemente un efecto lateral de la presencia de los nativos mismos en el presente. Es algo parecido, según me han dicho, a lo que sucede cuando uno sale de un edificio con calefacción: se lleva parte del calor con uno cuando ingresa a otro ambiente. Cada vez que nuestros satélites registraron estas apariciones también registraron la presencia de lo que pareciera ser una mujer.

—¿Y ella sí era sólida?

Al escuchar las palabras del comandante, Surgenor sentía que la cabina del Módulo Cinco, que le era tan familiar y donde había pasado tantas horas de su vida, se volvía ajena y hostil. Se mostraba reticente a admitir sus propios temores de que el Hombre, el perfeccionador de un tipo de pensamiento que le otorgaba el dominio sobre las tres dimensiones del espacio, se había topado por fin con una cultura más sensata y más juiciosa, que había establecido su dominio sobre los dilatados y grises estuarios del tiempo. Pero al parecer otros hombres habían tenido el mismo tipo de pensamientos.

—Hay algo allí adelante, señor —dijo Kelvin.

Giyani miró al frente nuevamente y todos fijaron los ojos en silencio. En las pantallas de la cabina comenzaban a insinuarse los contornos de una ciudad sobre el horizonte. Donde unos pocos segundos antes no había habido más que arena y estrellas, brillaban focos alineados en forma regular. Los rectángulos transparentes de la ciudad eran sorprendentemente semejantes en diseño a los de la Tierra, salvo una incongruencia: las hileras verticales de luces, que parecían ser ventanas, no siempre estaban superpuestas a las siluetas de los edificios. Era como si la ciudad no se viera tal como existió en un momento determinado sino a través de un foco de profundidad temporal que cubriese un espectro de miles de años en los cuales había tenido lugar un corrimiento de los continentes en varios metros, lo cual

producía una «imagen» doble. Eso fue lo que pensó Surgenor.

A pesar de la explicación simplista que había dado Giyani de lo que estaban viendo, o tal vez a causa de ella, Surgenor empezó a sentir que le corría frío al cobrar conciencia de lo que se proponía lograr esa pequeña expedición.

—Reduzca la velocidad y continúe sobre terreno firme —dijo Giyani—. Queremos avanzar lentamente de ahora en adelante. Apague las luces, también.

Surgenor hizo bajar los elevadores y disminuyó la velocidad de superficie a cincuenta. A ese ritmo, y careciendo de referentes espaciales, el módulo de exploración parecía detenido. Los únicos sonidos de la cabina eran la ruidosa respiración de Kelvin y el leve golpeteo que producía el rifle de McErlain a medida que el sargento ajustaba trabas y controles.

Giyani le echó una ojeada a McErlain por encima de su hombro:

—¿Cuánto hace que estuvo en servicio en el *Georgetown*, sargento?

—Ocho años, señor.

—Hace bastante.

—Sí, señor. —McErlain se quedó en silencio por un rato y luego agregó—: No voy a disparar sobre nadie a no ser que me ordenen hacerlo, si es eso lo que quiere insinuar.

—¡Sargento! —La voz de Kelvin sonaba escandalizada—. Tendrá que reportarse a...

—Está bien —dijo Giyani con soltura—. El sargento, y yo nos entendemos.

Surgenor se distrajo por un instante de la increíble escena que había allí adelante. Ahora recordaba por qué se había hablado de McErlain en el comedor de la tripulación. Hacía diez u once años el *Georgetown* había tomado contacto por primera vez con una especie inteligente, que respiraba aire, en el Tercer Cuadrante y, en una catástrofe es-

pantosa, cuyos detalles nunca se revelaron oficialmente, había aniquilado a todos los machos funcionales en una única acción militar. A partir de entonces el planeta había quedado sellado para permitir que la última generación de hembras y machos no funcionales pudiesen recorrer en paz su camino hacia la extinción. El comandante del *Georgetown* tuvo que responder por eso ante una corte marcial, pero el «incidente» había pasado a integrar el catálogo de autosuicidios que la humanidad conservaba en lugar de la conciencia racial.

—Siga a esa velocidad hasta que lleguemos al flanco sur de la ciudad —ordenó Giyani.

—Necesitaremos las luces.

—No, no las vamos a necesitar. Esos edificios no existen más que en una forma muy atenuada. Siga de largo a través de ellos.

Surgenor dejó al vehículo continuar su curso original y la ciudad insustancial se desvaneció delante de él como una fina neblina. Cuando consideró que estarían en el centro de ella todo lo que podía ver era una que otra insinuación de un farol callejero de un diseño trapezoidal muy peculiar, tan leve que podría parecer el reflejo sobre un vidrio transparente.

—Los edificios no se desmaterializaron —dijo Kelvin—. Nadie había llegado tan cerca antes.

—Nadie había procesado la suficiente cantidad de datos antes —lo corrigió Giyani con aire ausente—. Tengo la sensación de que el pronóstico de la computadora va a corroborarse hasta en el más mínimo detalle.

—¿Quiere decir que...?

—Si tuviese la costumbre de apostar, apostaría el sueldo de un año a que nuestra paladoriana es una hembra preñada.

La grilla de coordenadas que se le había proporcionado a Surgenor era tan precisa que podría haber colocado el módulo en el lugar indicado al milímetro, pero Giyani le dijo que se detuviese cuando faltaban doscientos metros. Abrió la puerta y esperó a que los tres soldados bajasen a la arena oscura. El aire del desierto era frío, ya que el descenso de la temperatura en Palador durante la noche se acentuaba por el hecho de que la superficie se volvía blanca durante su tiempo de exposición al sol y de ese modo rechazaba gran parte del calor diurno.

—Se supone que no tardaremos más que algunos minutos —le dijo Giyani a Surgenor—. Vamos a partir de inmediato en cuanto yo esté de vuelta, de modo que quiero que se quede aquí. Deje el motor en marcha y apréstese para marchar rumbo al norte en cuanto yo le dé la orden.

—Como usted diga.

Giyani se puso sus antiparras para ver de noche y le entregó otro par a Surgenor.

—Póngaselas y no deje de observarnos. Si llega a ver algo que anda muy mal, mande un mensaje por radio a la nave y váyase de este lugar.

Surgenor se puso el visor y parpadeó al ver la cara de Giyani como si fuera un aguafuerte bañado en una luz rojiza poco natural.

—¿Espera que haya problemas?

—No, simplemente me prevengo contra ellos.

—Mayor ¿es o no verdad que hay una misión diplomática de primera agua en viaje a este planeta?

—¿Y qué hay con eso, Surgenor? —dijo Giyani con una voz que había perdido el tono amistoso.

—Usted y el coronel no se verían muy bien con plumas en los birretes.

—El coronel no se excede en su autoridad, conductor... pero usted sí.

Los tres soldados se alejaron silenciosamente del módulo y Surgenor miró por primera vez el lugar hacia donde se